

Visita del P. Adolf Nicolás, General SJ a la UNICAP, 12 de julio 2013

Pronunciamento

“Unicap: en la ciudad de los puentes, una universidad sin fronteras”

La universidad es un campo apostólico privilegiado de los jesuitas en la formación de la juventud, de forma integral y deseando la excelencia. La universidad jesuita, sin embargo, no está al servicio de la formación de élites, sino, al contrario, trabaja la calidad académica como forma de inclusión social y desea la excelencia humana. Por lo tanto, una universidad es un medio concreto para conseguir un fin apostólico, el de la formación calificada de los jóvenes y su excelencia humana para que así contribuyamos en la transformación de las personas y de las realidades sociales e históricas, en vista a la construcción del Reino de Dios.

Pero, a fin de cuentas, ¿por qué una universidad jesuita aquí en Recife? ¿y en Brasil, país emergente y promisor, hasta qué punto aún se justifica la necesidad de la actuación jesuita en la educación superior? ¿Cuáles son los desafíos del apostolado académico y cuáles las nuevas fronteras de la educación? ¿Qué diferencia trae una universidad jesuita de otras instituciones? ¿Cuáles son las perspectivas de futuro de una universidad católica, jesuita y comunitaria en el contexto de una sociedad cada vez más laica, un mundo totalmente globalizado y una economía de mercado que se impone?

Cuestiones que nos ocupan y nos interpelan en la búsqueda del sentido de nuestra misión. Más que contestar a estas preguntas me gustaría reflexionar con ustedes aquí presentes, tanto los jesuitas y colaboradores como los amigos y conveniados de la Unicap, sobre algunos principios importantes para situar esta universidad en el contexto de nuestra misión de servicio a la iglesia y a la sociedad. En un mundo de muchos y rápidos cambios, es necesario visitar los fundamentos de nuestra misión y, abiertos a las señales de los tiempos, discernir los pasos que estamos invitados a dar en la búsqueda de la recreación constante de nuestras instituciones conforme al espíritu que nos anima.

1. La Compañía de Jesús nació de un grupo de universitarios soñadores

De alguna forma la orden de los Jesuitas nació de un grupo de estudiantes universitarios que soñaban con un mundo diferente. Ese grupo de los primeros compañeros quería transformar el mundo a partir de las personas, buscando así mediar la manifestación de Dios y darle gloria. Y, como decían los Padres de la Iglesia en los primeros siglos del cristianismo, “la gloria de Dios es que el ser humano viva plenamente” (Ireneo Lyon). Nacida del corazón de la Iglesia en tiempo de reformas, la SJ surgió en medio de la efervescencia universitaria de París y de ese grupo de compañeros liderados por Ignacio de Loyola. Ese momento fundacional quedará marcado, artísticamente, en la capilla del campus recientemente reformada, con el toque de belleza impar de Claudio Pastro.

Destaco la importancia de la renovación de ese espacio precisamente en este año en que el Brasil será el destino de millones de jóvenes del mundo entero y en el año en que celebramos los 70 años del inicio de ese proyecto universitario: esos símbolos remiten al deseo de “recreación” y de renovación de esa institución, plena de dinamismo. Como sabemos, cada semestre llega una nueva generación de estudiantes: ¡deseo que ellos contribuyan y participen de la constante renovación de la misión de esta universidad! Que este nuevo espacio litúrgico, diferente y particular, en el corazón de la ciudad y del campus, pueda ser un verdadero oasis en medio del corre corre urbano y de los compromisos académicos.

Recuerdo cómo me inspiró en una de mis visitas a un colegio nuestro en Japón un profesor Budista. Había sido contratado otro profesor Budista que había ocultado su pertenencia a una Secta bastante militante y anti-cristiana. Parece ser que el nuevo profesor no cesaba en sus críticas al hecho de tener una capilla en el Colegio, que él consideraba parte del lavado de cerebro religioso de los estudiantes. Nuestro Budista más antiguo le dijo: Mira, muchacho, no has entendido nada de lo que es la educación aquí; tu te quejas de la existencia de la Capilla, pero en este Colegio, en cuanto entras por la cancela o el Portón de fuera, ya TODO ES CAPILLA. Yo no he encontrado nunca una explicación mejor de lo que queremos los jesuitas hacer con nuestra educación. TODO, es decir, la clase, el patio de recreo, los campos de deportes, los laboratorios, el teatro... TODO es CAPILLA. Y lo que santifica un Colegio o una Universidad no son los espacios

sacros, sino los estudiantes, que los usan. Ellos son la Imagen de Dios que hay que dar a Dios, si queremos servir a un pueblo.

Y qué bonito sería si las personas, sobre todo los jóvenes estudiantes, contemplando a aquel grupo de universitarios soñadores del siglo XVI que dio origen a la orden de los jesuitas, se dijeran algo así: “¡si Ignacio y los primeros compañeros hicieron tantas cosas, yo también puedo hacer algo para transformar el mundo!” En realidad, fue así como sucedió con Íñigo de Loyola, caballero medieval herido en su pierna y en su orgullo juvenil: convaleciente, leyendo historia de los santos, se dio a sí mismo un desafío tan inmaduro como decisivo: “si San Francisco y Santo Domingo hicieron grandes cosas, yo también puedo hacerlo...” Todavía no había descubierto que todo don de transformación no nace de nosotros sino que es don de Dios para los demás. A su vez, la universidad como tal podría haber quedado solamente como un lugar histórico del encuentro del grupo de compañeros que fundaron la Compañía de Jesús. Pero, ese punto de partida acabó volviéndose, efectivamente, en un campo apostólico privilegiado del trabajo con la formación de la juventud, aquí como en muchos lugares del mundo.

Brasil es una nación joven, prometedora y en pleno desarrollo. Pero su mayor patrimonio es la juventud, su gente. Paradójicamente, aquí y en otros países de América latina, ese patrimonio está amenazado, tanto por las instituciones históricas de pobreza como por las nuevas ilusiones consumistas. En realidad, faltan reales oportunidades para el desarrollo pleno de la gran mayoría de los jóvenes. Y, aún para los privilegiados que alcanzan una formación profesional y técnica de calidad, se nota la carencia de los valores humanísticos, capaces de transformar el destino de nuevas generaciones. En un caso y en otro, esos jóvenes son rehenes de muchas instituciones, o de la pobreza enraizada y generalizada o del consumismo exacerbado, imposibilitándolos a contribuir efectivamente con la necesaria transformación de las realidades históricas gritantes o de evitar las nuevas formas de esclavitud, alienación y empobrecimiento. En la llamada “sociedad del conocimiento”, sabemos que la clave para entrar y participar es la adquisición del conocimiento. Y, al mismo tiempo, el conocimiento excluye o se vuelve motivo de exclusión de la mayoría, quedando en manos de aquellos que poseen el poder y controlan el acceso a los bienes sociales.

La mundialización es una realidad que, incontestablemente, abrió nuevos horizontes de comunicación y permitió una gama de relaciones entre los pueblos, estrenando la “aldea global”. Pero, como toda realidad humana, la globalización corre el riesgo de ser solamente en lo superficial y, sobretodo, ella puede ampliar y generalizar las formas de exclusión. Ofrecer una ALTERNATIVA es la segunda función del Profeta (siendo la primera evidenciar y hacer visible lo que está oculto de injusticia, de opresión y de corrupción). En este momento miles y miles de estudiantes de todo el mundo siguen cursos en la Universidad de Harvard. Yo también lo hago. Harvard y MIT, los dos gigantes académicos de Boston hicieron hace unos meses un acuerdo de millones para poner todos sus cursos online y cada mes se van sumando Universidades a tal acuerdo. Unos de los Presidentes dijo que lo que querían es ofrecer su educación GRATIS a todo el que tuviera conexión a Internet. Y esto, que es totalmente revolucionario, nos permite soñar en la alternativa a la exclusión, es decir, crear cientos de “Centros de Estudio” a lo largo y ancho de Brasil para que con poco gasto se terminen ya los excluidos de la educación. La iniciativa ha provocado en diversos países la formación espontánea de grupos de estudiantes que quieren estudiar juntos y grupos de tutores que quieren acompañarlos, haciendo posible así una interacción que nos parece muy importante a la hora de tener una educación integral.

En este contexto, las universidades tienen una tarea específica en la profundización crítica del fenómeno de la globalización, así como la posibilidad de proponer alternativas concretas para minimizar los efectos de la exclusión. En otras palabras, una universidad católica jesuita no puede contentarse con criticar y hacer diagnósticos de los grandes problemas de la humanidad, sino, que tiene como misión hacer dialogar a los diversos saberes para encontrar y proponer alternativas para una sociedad sostenible y realmente humana. En cierta forma, una gran diferencia de la universidad católica jesuita es su vocación humanística: su identidad y misión de búsqueda incesante de la verdad mediante los diversos saberes, no se reduce a un ejercicio intelectual, sino que se traduce en seguimiento de Jesucristo, hijo de Dios y hermano nuestro. Por lo tanto la misión universitaria quiere y puede contribuir a la elaboración de nuevos humanismos, en la perspectiva de humanización de la propia humanidad: más que una redundancia, se trata de concebir el ser humano como una obra inacabada, dentro de un

proceso dinámico de crecimiento y transformación, en ejercicio de su libertad y abierto a la transcendencia. Todos conocemos el caso del niño travieso, que es dado por imposible en un Colegio y cuando le iban ya a despedir, saltó con aquello de: “Alto el fuego Señores, que Dios no ha terminado aún conmigo”. Es interesante cómo aquí en la UNICAP ustedes proponen a todos los estudiantes esas dos asignaturas obligatorias de teología: la primera, Humanidad y Transcendencia: la segunda, Humanismo y Ciudadanía.

En este contexto, identificamos la pedagogía jesuita, que inspirada en los Ejercicios Espirituales y aplicable a todo campo de acción, reposa sobre el principio de que el ser humano y las realidades históricas pueden ser transformados. Por eso la educación es una mediación importante para la humanización. En este paso, además de la enseñanza de la investigación, una universidad tiene un papel social indispensable en la promoción de experiencias excepcionales y profundas, preparando al estudiante para el ejercicio de una profesión, descubriendo y desarrollando sus talentos en la perspectiva de una formación integral. Eso que debería ser verdadero para toda universidad, en una institución católica y jesuita, se convierte en parte de su propia razón de ser y de su constante discernimiento del sentido y de la manera de actuar. Eso significa, consecuentemente, que la misión universitaria es una tradición en constante *aggiornamento*, para usar esa bella expresión del concilio Vaticano II que indica la necesidad vital de actualización de los motivos fundamentales de una institución.

El Papa Francisco ha predicado recientemente de María subrayando tres palabras clave: Escucha – Discernimiento – Acción. Esta es, evidentemente, la versión ignaciana de Ver – Juzgar – Actuar. Y esto es lo que queremos de nuestros estudiantes. Formar hombres y mujeres que sepan ver y escuchar, oler y entender la realidad – Que sepan juzgar y discernir, y que luego actúen para hacer a nuestro mundo un poco mejor.

2. Loyola, París, Recife... el mundo es nuestra casa

La ciudad de Recife no fue escogida casualmente: además de ser una bella ciudad, conocida por sus innumerables puentes y sus rebeliones libertarias, este centro regional fue visto como un lugar estratégico que reunía las condiciones favorables para la creación de la primera universidad católica del Norte y Noreste, dos

regiones marcadas aun hoy por los contrastes sociales, a pesar de sus riquezas culturales. Ese desafío fue asumido como misión liderada por los jesuitas, al servicio de la Iglesia dirigido a la transformación de la región. De hecho, el pionerismo del pueblo pernambucano, su vocación libertaria y el espíritu de abertura al mundo, expresan un sentimiento oceánico, tanto en razón de su posición geográfica como de su historia, como sintetizaba tan bien, no sin un cierto orgullo regional, un antiguo programa de la Radio Jornal, “Pernambuco hablando al mundo”. En cierta manera esa “pretensión” de alcance del mensaje corresponde al deseo y a la misión de una universidad abierta a la universalidad de los saberes y de las posibilidades, sobretudo en el momento de una globalización sin precedentes. El escenario de los puentes de esta ciudad también sirve de metáfora para entender mejor la labor universitaria: según un documento de la Congregación General 35, un trazo distintivo de nuestra misión es saber “construir puentes” entre pobres y ricos, interconectando realidades distantes. Y la formación académica es un “buen material de construcción” de esos puentes, vislumbrando la contribución de cada uno de nosotros en la construcción de la sociedad que buscamos, una sociedad sustentable, ambiental y humanitariamente, señal visible del Reino de Dios.

Y, como dice la “Carta de Principios” de la Unicap, esta universidad no solo “está” en el Noreste, sino que asume el rostro de ese pueblo y desea trabajar por el desarrollo de la región, formando profesionales calificados y ciudadanos críticos y actuantes. De cierta forma, más que desarrollar una región se trata de incluirla en el contexto nacional y en el mundo globalizado, según los desafíos de la llamada sociedad del conocimiento. Varias generaciones de estudiantes, contando más de 70 mil egresos, aprendieron no solamente lo que fue enseñado en las aulas y laboratorios, sino también actuando en varios proyectos en las comunidades y asociaciones de la región. No es por casualidad que está escrito en una de las entradas de la Unicap, junto al blasón de la Compañía de Jesús, que el “campus de la universidad es la ciudad”. La ciudadanía, por lo tanto, es parte inherente de esa misión. Y tiene que ser así. Los estudiantes traen a la Universidad toda la Ciudad, sus problemas y sus sueños, sus prejuicios y sus verdades. Y luego se vuelven a la Ciudad con un bagaje cambiado, libres y buscadores de Verdad, comprensivos y

sensibles al dolor humano y a las posibilidades de cambio, para que TODOS en el país, disfruten de los abundantes bienes del Brasil.

En fin, sabemos que este barrio central siempre fue palco de muchos movimientos sociales, sindicatos y organizaciones estudiantiles. Estas y otras formas de actuación crítica, algunas veces reclamando mejorías en la propia universidad, aunque no sean siempre posibles de atender por diferentes razones, son ejercicios que contribuyen a la formación de toda la comunidad académica. Algunos, y que no fueron pocos, de esos jóvenes soñadores y contestadores asumieron funciones y papeles importantes en la transformación de una realidad más amplia, a través de sus profesiones o de cargos en la política, en el dominio jurídico, en la prensa, en la educación y, en fin, en la vida social y económica de la región y del país. Algunos de los jesuitas que trabajan aquí, rector, vicerrector, profesores y funcionarios, fueron alumnos o hicieron magisterio aquí, además de las vocaciones que surgieron en el medio académico. Otros dejaron la vida religiosa pero permanecen asociados a la misión universitaria. Por eso, los que pasan por la universidad son transformados y, no en raras ocasiones, se vuelven importantes agentes de transformación social. Esto, y sólo esto, justifica la presencia de Jesuitas en la Universidad.

3. De la universidad como “lugar de trabajo” a la universidad como mediación de la misión

En una orden misionera y apostólica como la Compañía de Jesús, el lugar es muy importante, sobre todo porque es fruto de un discernimiento no solo en el momento de la “implementación” de una obra, sino en su ejercicio y finalidad. Primero, importa discernir dónde marcar presencia: porque un país, ciudad o región son lugares concretos de donde pueden surgir los pedidos para una actuación jesuita, a partir de un contexto histórico, de demandas reales, de los apelos de la Iglesia y de la incidencia social. Y, segundo, cabe discernir cual es la mejor forma de actuación en ese lugar escogido. Sin embargo, el que comencemos por la elección de un lugar o por la forma de actuación no es tan importante como el proceso de discernimiento, incluso en relación al futuro de la permanencia en ese lugar o de

esa forma. Solamente el discernimiento podrá asegurar la libertad y disponibilidad de nuestro modo de proceder, conforme al carisma ignaciano.

La facultad de Filosofía Ciencias y Letras Manuel da Nóbrega nació en 1943 de la conjunción de varios factores y algunos criterios de discernimiento: los apelos de la Iglesia local datan de 1912, la misión educativa del entonces colegio Nóbrega. Es interesante notar que los jesuitas aquí fundaron, en momentos sucesivos, cinco colegios, desde el antiguo colegio de Olinda, que hoy es el seminario arquidiocesano, al Liceo Nóbrega de hoy. Los jesuitas fuimos expulsados del Brasil en el siglo XVII, debiendo dejar el colegio de Olinda. Volvimos a Pernambuco después de la Restauración de la SJ, pero, en 1873 se cerró un nuevo colegio, San Francisco Xavier, en el centro de Recife, por causa de la cuestión religiosa en torno de Mons. Vital. Por tanto, la presencia de los jesuitas aquí es fruto de un discernimiento insistente. Así, en 1951, ocho años después de su creación, la joven Facultad Nóbrega dio origen a la Universidad Católica de Pernambuco, primera católica del Norte y Noreste, única jesuita en esta gran mitad de Brasil. Además del pionerismo, la elevación de esa facultad al grado de universidad fue una señal bastante significativa de confirmación del discernimiento inicial, del apoyo de la sociedad local y de muchas instituciones internacionales, sin las cuales difícilmente estaríamos hoy aquí y ahora. Sabemos que a lo largo de estos años la superación de tantos desafíos y el cumplimiento de nuevas exigencias fue un ejercicio de coraje y perseverancia para conjugar sustentabilidad financiera con la comprobada pertinencia social y la visión apostólica de la Unicap.

En este contexto, por tanto, es una gran satisfacción realizar esta pequeña visita en el momento en que se celebran los 70 años de los inicios de esta importante misión: en el contexto europeo, la Unicap sería una joven universidad, pero en el Brasil ella hace parte de un panteón de instituciones de tradición. Hacer la memoria es, sin duda, la mejor forma de reconocimiento del trabajo de bravos jesuitas y de varias generaciones de colaboradores: esos pioneros, hombres y mujeres, merecen nuestro homenaje y acción de gracias. Pero, al mismo tiempo, cabe honrar el presente de los que continúan esta obra y hacen de este trabajo una misión, revelando el potencial dinámico de esta universidad, proyectándola a las próximas generaciones. Al final, una universidad solo tiene futuro si ella sabe superar los desafíos que le aparecen, si revela su pertinencia para la sociedad de

cada época y si consigue “actualizar” su misión, contemporáneamente expresada en las orientaciones jesuíticas con el binomio del “servicio de la fe y promoción de la justicia”. En nombre de la SJ, por tanto, aprovecho para agradecer a Dios y a cada uno de ustedes, especialmente a los colaboradores, profesores y funcionarios de la universidad, incluyendo el Liceo Nóbrega y a la Filial de Fe y Alegría Pernambuco; sabemos que además de colaborar decisivamente con esta obra, ustedes hacen de este lugar de trabajo una verdadera misión de vida.

Hay un cambio importante en el lenguaje de la Iglesia frente a la Misión. Hoy día se habla en muchos círculos, incluido el Papa de la *Missio Dei*. Es decir de la Misión más allá de proyectos concretos y particulares. Lo que realmente importa es lo que Dios quiere de nuestro mundo. Y en esta Gran Misión todos participamos por igual. Por eso el agradecimiento y la alegría. En mi nuevo trabajo sentí que era importante leer a San Ignacio. Impresiona ver con qué gratitud y cariño escribe a cooperadores y bienhechores. En sus cartas se despide en estos términos: “...esta Mínima Compañía, que es tan vuestra como es mía”.

A guisa de conclusión: tradición como “un ancla lanzada al futuro”

En este 70º aniversario de la piedra fundamental de esta universidad, me gustaría concluir, vislumbrando el futuro en la perspectiva del “jubileo de diamante”, a partir de algunos puntos significativos para una universidad en misión. Se trata de reinterpretar la tradición como “una ancla lanzada al futuro”, según la expresión de la carta a los Hebreos (Hb 6,19). Es el tiempo favorable. De una parte, porque estamos en la perspectiva de una nueva provincia jesuita de Brasil: no se trata solo de unificar las provincias regionales, sino, principalmente de favorecer una mayor cooperación entre las diversas formas de actuación. De otra parte, contemplando a la Sociedad brasileña y a la Iglesia en Brasil, es necesario identificar los mayores desafíos de la misión y sus “nuevas fronteras”, éstas no son solo geográficas, sino, también fronteras ideológicas, culturales y humanitarias. Concluyo, por lo tanto, retomando algunos ejemplos de asociaciones en ejercicio, animándoles a seguir esa ruta:

- ***la colaboración de todos y de cada uno***, funcionarios, profesores y estudiantes, en la construcción cotidiana de ***una verdadera comunidad universitaria***; en Brasil, las universidades comunitarias representan ese tercer

sector, ni público ni privado, lo “publico no estatal”: para más allá de los aspectos jurídicos y políticos de la cuestión, poder ser testigo de los valores de una verdadera comunidad universitaria; Todos Ustedes conocen el libro sobre educación de Hillary Clinton: “It takes a Village”. Siento que aquí se puede hacer realidad. De lo contrario sufriremos todos.

- **la asociación afectiva y efectiva de la Unicap con la Iglesia local** en la formación de seminaristas, religiosos/as y laicos para el mayor servicio de la fe. Aprovecho para agradecer, muy sinceramente, al Arzobispo de Olinda y Recife, Don Fernando Saburido, a los bispos de las diócesis de esta Regional, a los superiores y formadores de las congregaciones religiosas y a los estudiantes por la confianza depositada en esta universidad.

Les felicito sinceramente porque llevar a sus Seminaristas a la Universidad supone una visión de larga distancia. Lo que el Papa quiere de sus Pastores es que conozcan la vida y los problemas de sus ovejas, para mejor acompañarlas

en su búsqueda. Nos está animando a todos a salir de casa. Ustedes ya lo hacen

y esto sin duda redundará en tener mejores pastores.

Esa es una importante misión para la SJ y pueden contar con mi apoyo. Deseo a los profesores, jesuitas o no, que no midan esfuerzos para garantizar una formación sólida y abierta, preparando generaciones para los desafíos de la futura misión. En ese paso, esta universidad ha colaborado también en la formación de los juniors jesuitas, transferidos recientemente a Recife: que los jóvenes jesuitas puedan beber en la fuente de los inicios de la SJ, rehaciendo los pasos de los primeros compañeros que se conocieron en el medio universitario parisiense e hicieron sus estudios de Humanidades;

- la universidad tiene **muchos acuerdos con instituciones municipales, estatales y nacionales** en la realización de varios proyectos, sobretodo en la perspectiva de la **transformación social y mayor incidencia de nuestro trabajo**. Aunque conscientes de la distinción entre la Iglesia y el Estado en las democracias modernas y contemporáneas, necesitamos hacer puentes para garantizar el acceso de todos a los bienes públicos, principalmente a aquellos más empobrecidos que están al margen. El Liceu Nóbrega es un bello ejemplo de esa

unión con el Estado, así como el Proyecto Criança Esperança en asociación con empresas privadas, además de muchos otros proyectos de asistencia estudiantil y responsabilidad social, desarrollados en toda la región. Quizás entre aquí lo mencionado anteriormente sobre el acceso a Internet para una educación mejor para todos. Creo que se impondrá pronto el crear grupos de estudio en esta línea por sus grandes ventajas: bajo costo para el país; mucho rendimiento; acceso a los mejores Profesores del Mundo; Elevar el nivel de educación y cultura de todos.

- incentivo vivamente a los **convenios de la Unicap con otras universidades jesuitas de Brasil y de América Latina**, según la agenda de la Ausjal (Asociación de Universidades confiadas a la Compañía de Jesús en América Latina); en la misma línea, sería importante **buscar formas de interactuar** con otras obras de la Compañía de Jesús, como se viene haciendo con la Fundación Fe y Alegría de Brasil, con el Instituto Humanitas de la Unisinos, ahora también en la Unicap; y, superando mayores distancias, apoyo la continuidad de la colaboración con la región Amazónica, tanto en la cuestión social (en asociación con el SARES) como en la formación del clero, últimamente (servicio de la Arquidiócesis de Porto Velho).

- finalmente, destaco, la importancia de la **participación de esta universidad en varias redes de Educación Superior**, tanto en el ámbito nacional como internacional, notoriamente la Federación Internacional de Universidades Católicas, de la cual su rector asumió la presidencia hace un año y que involucra a toda la universidad. Todas esas asociaciones señalan, al fin, que no somos autosuficientes y que no podemos hacer nada solos y aislados. ¡Gracias a Dios! Es notable la insistencia de este Papa en no ser “auto-referenciales”. Esto, que es importante siempre, toma un sentido de gran urgencia e importancia cuando se trata de una Universidad.

Pero, al mismo tiempo, más allá de la necesidad por causa de la disminución del número de jesuitas, esa unión revela un nuevo “modo de proceder” y un nuevo estilo de actuación en red. En realidad, siempre contamos con la colaboración de mucha gente en las llamadas “nuestras” obras. Pero, actualmente, además de la necesidad, tenemos la firme y feliz convicción de que la colaboración es la nueva forma de ser y de actuar. Portanto, senhoras e senhores, professores e funcionários, amigos e parceiros, vocês não são meros colaboradores “dos”

jesuítas. De fato, todos nós, homens e mulheres, somos colaboradores da missão do Cristo na Missão de Deus.

!Muchas gracias!